

Los Fariseos, que Creían - 1 | Gálatas

Fueron «ciertos de la secta de los **fariseos**, *los que creían*» quienes causaron todos los problemas en las iglesias de Galacia y motivaron la carta a los Gálatas. También fueron estos quienes habían perturbado a los hermanos en Antioquía, suscitando allí la controversia en el concilio de Jerusalén. Fueron estos quienes, incluso después del concilio, hicieron que Pedro se desviara en Antioquía de la verdad del Evangelio, lo cual, a su vez, obligó a Pablo a oponérsele cara a cara. Fueron estos de la secta de los fariseos quienes difundieron un **evangelio falso** contra el verdadero, y subvirtieron almas que incluso ya estaban salvas — como en Antioquía y en Galacia—. En un estudio del Libro de Gálatas, es, por lo tanto, esencial saber exactamente qué sostenía la secta de los fariseos.

La Autojusticia Farisaica

Cuando Jesús quiso dar una ilustración de «*algunos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los demás*», eligió a «*un fariseo*». Y este fariseo, incluso al orar, primero agradeció a Dios no ser como los demás hombres; y luego se presentó al Señor para la aprobación de lo que había hecho. (Lucas 18:9-12). Por lo tanto, es perfectamente claro que la gran peculiaridad de la secta de los fariseos era la **autojusticia** —reclamar justicia por lo que habían hecho—.

En consecuencia, todo lo que un fariseo hacía, lo hacía para obtener justicia por medio de la acción. Y si había algo que no se inclinaba a hacer, debía forzarse a sí mismo a hacerlo, mediante un voto directo, y luego aun así reclamar el mérito de la justicia en la acción.

Y era la mismísima **justicia de Dios** lo que se reclamaba como el mérito y el resultado de la acción; porque era la palabra de Dios lo que se seguía, era el mandamiento del Señor lo que se obedecía, en el acto.

Origen del Término y las «Cercas» de la Ley

La palabra «**fariseo**» proviene de «*parash*», que significa «separado o apartado». Los fariseos eran aquellos que estaban separados, apartados, del resto del pueblo por su **justicia superior**, la cual se debía a que habían hecho más que cualquier otro; y estaban separados, apartados, para Dios porque en el cumplimiento de la **ley de Dios** consistía su justicia. Todo lo que Dios había mandado, requerido o dirigido, debía hacerse para que se obtuviera justicia en el cumplimiento. Y para estar perfectamente seguros de que podían reclamar legítimamente la justicia una vez hecha la cosa, era esencial que cada obligación se

realizara con tal exactitud que no pudiera haber ninguna duda. Y para que esto fuera así, cada requisito en la palabra de Dios se desglosaba en divisiones y subdivisiones hasta la más mínima minucia, incluso hasta cada letra particular de cada palabra, cada una a ser escrupulosa y ceremoniosamente realizada. «*La razón de ser misma de los fariseos era crear 'cercas' de tradición oral alrededor de la ley*» (Farrar, “Life of Christ,” Excursus 9, párr. 1). Estas «cercas» eran, por supuesto, para proteger la ley de la violación. Eran garantías para quien las cumplía de que, al hacerlo, se preservaba de violar la ley y, por lo tanto, era un cumplidor de la ley.

La Perversión del Propósito Divino

Esto llevó a una perversión total no solo de cada mandamiento y ordenanza del Señor, sino de la idea misma de cada mandamiento y ordenanza.

Dios había dado los **Diez Mandamientos**, no como un medio para obtener justicia al cumplirlos, sino (1) para dar el verdadero **conocimiento del pecado**, a fin de que el perdón y la salvación pudieran encontrarse por la **fe**; y (2) para dar testimonio de la justicia obtenida por la fe.

Esto se demostró (a) en el servicio que se mandó, y (b) en los términos mismos utilizados al hablar de las tablas de la ley. (a) En el servicio mandado se decía claramente que cuando habían hecho algo contra los mandamientos del Señor respecto a cosas que no debían hacerse, y eran culpables, debían traer un **sacrificio** de un becerro, confesar el pecado, y con la sangre el sacerdote haría **expiación** por ellos, y les sería perdonado. (Levítico 4:13-21). Aquí estaban los Diez Mandamientos para dar el conocimiento del pecado y de la culpa; aquí había perdón y **reconciliación** con Dios sin el cumplimiento de la ley, sino únicamente a través de la fe. (b) El término usado al hablar de las tablas de la ley era «*las tablas del testimonio*»; el arca, en la que estaba la ley, se llamaba «*arca del pacto*»; y el tabernáculo, en el que estaba el arca, se llamaba «*tabernáculo del testimonio*». Ahora, el testimonio es la evidencia presentada por un testigo; y que este es el significado de la palabra aquí es cierto por el hecho de que el tabernáculo fue llamado claramente «*el tabernáculo del testimonio*» (Números 17:7, 8; 18:2; 2 Crónicas 24:6). Las tablas del testimonio eran las tablas de la evidencia, lo cual en sí mismo testificaba que la ley no estaba destinada a ser un medio de la justicia de Dios obtenida por ella, sino a ser testigo de la **justicia de Dios** obtenida sin ella.

Dios había dado las ordenanzas de **sacrificio** y ofrenda, y holocausto y ofrenda por el pecado, no como un medio para obtener justicia por ellas, sino como expresiones de la **fe** que obtenía la justicia de Dios sin ellas —una fe que obtenía la justicia de Dios a través de un sacrificio y una ofrenda ya hechos por Dios, y prometidos para ser enviados a su debido tiempo—.

Dios había dado la **circuncisión**, no como un medio para obtener justicia por ella, sino como una señal de la **justicia de Dios** obtenida por fe y mantenida por fe antes de que se realizara la circuncisión.

De la Fe a las Obras: La Carga del Legalismo

Así, los fariseos pervirtieron en **obras y justicia por obras** todo lo que Dios había dado para ser de **fe**. Todo lo que Dios había dado para ser una bendición y un deleite lo convirtieron en una carga y un **yugo de esclavitud**. Y cuando no daba paz a los trabajadores agotados y esforzados, como no podía hacerlo, a las muchas distinciones sutiles extraídas de la clara palabra de Dios, añadieron además una multitud de exigencias propias. Solo al mandamiento del sábado se le añadieron cuatrocientos una requisitos. Un tratado completo se dedicó a los lavados de manos (Marcos 7:1-5); otro tratado completo se ocupaba del método adecuado para matar un ave. *«Así, la letra de la ley perdió su relativa simplicidad en complicaciones sin límites, hasta que el Talmud nos cuenta cómo Akibba fue visto en una visión por el asombrado Moisés, extrayendo de cada cuerno de cada letra montones enteros de decisiones»* (Farrar).

Otro mal estaba envuelto en esto: la facilidad de interpretación que se desarrolló al desglosar la infinita variedad de distinciones en frases, en palabras e incluso en letras, para descubrir el grado exacto de obediencia requerido para alcanzar la justicia, fue fácilmente empleada para evadir cualquier obligación de la **ley de Dios** que el corazón codicioso pudiera desear. (Marcos 7:9-13; Mateo 23:14-28). *«Conocemos la escrupulosidad minuciosa e intensa de la observancia del sábado, que se agotaba en todas esas ‘abhoth’ y ‘toldoth’ —esas reglas y prohibiciones primarias y derivadas, e inferencias de reglas y prohibiciones, y combinaciones de inferencias de reglas y prohibiciones, y casos de casuística y conciencia que surgen de la infinita variedad posible de circunstancias a las que esas combinaciones de inferencia podrían aplicarse—, lo cual había degradado el sábado de ‘un deleite, santo de Jehová, honorable’, en parte a una carga ansiosa y despiadada, y en parte a una red de artimañas hipócritamente diseñadas, por así decirlo, con el espíritu más bajo del paganismo, para engañar a la Deidad con la mera apariencia de una observancia precisa. . . .*

«Maestros que estaban en el camino hacia una casuística que podía construir ‘reglas’ a partir de cada partícula superflua, habían encontrado fácil ganar crédito por su ingenio al elaborar prescripciones, a las que Moisés habría escuchado con mudo asombro. Si hay algo más definido establecido en la ley que otra cosa, es la inmundicia de los reptiles; sin embargo, el Talmud nos asegura que ‘nadie es nombrado miembro del Sanedrín que no posea suficiente ingenio para probar de la ley escrita que un reptil es ceremonialmente limpio’, y que hay un discípulo intachable, en Jabne, que pudo producir ciento cincuenta argumentos a favor de la limpieza ceremonial de los reptiles. Sofistería como esta estaba en acción incluso en los días en que el joven estudiante de Tarso se sentó a los pies de Gamaliel» (Ibíd., “Life and Work of Paul,” cap. 4, párr. 2-6).

La Cima de la Autojusticia: El Ejemplo del Rabino Simeón

Así, los fariseos, en sus exigencias y **ceremonialismo**, habían desarrollado a la perfección el **amor propio de la autojusticia** en el mérito de sus propias acciones. Una ilustración perfecta se encuentra en lo que dijo el Rabino Simeón, hijo de Yochai: *«Si solo hubiera treinta personas justas en el mundo, mi hijo y yo seríamos dos de ellas; y si solo hubiera veinte, mi hijo y yo seríamos del número; y si solo hubiera diez, mi hijo y yo seríamos del número; y si*

solo hubiera cinco, mi hijo y yo seríamos de los cinco; y si solo hubiera dos, mi hijo y yo seríamos esos dos; y si solo hubiera uno, YO MISMO sería ese uno» (Emphatic Diaglott, en Lucas 18:11).

La Religión Farisaica: Un Yugo de Esclavitud

*«Habían recibido interpretaciones de la ley que Moisés les había dado, sin santificar y confusas; habían añadido tradición a tradición; habían restringido la libertad de pensamiento y acción hasta que los mandamientos, ordenanzas y servicios de Dios se perdieron en una ronda incesante de ritos y ceremonias sin sentido. Su religión era un **yugo de esclavitud**.»*

*«Las opiniones del pueblo eran tan estrechas que se habían convertido en esclavos de sus propias regulaciones inútiles.» «Esta confianza en sí mismos y en sus propias regulaciones, con sus prejuicios concomitantes contra todas las demás naciones, los llevó a resistir el Espíritu de Dios, que habría corregido sus errores.» «Así, en su terrenalidad, separados de Dios en Espíritu, mientras profesaban servirle, estaban haciendo precisamente el trabajo que Satanás quería que hicieran —adoptando un curso para desacreditar el carácter de Dios y hacer que la gente lo viera como un tirano. Al presentar sus ofrendas de sacrificio en el templo, eran como actores en una obra. Los rabinos, los sacerdotes y los gobernantes habían dejado de mirar más allá del símbolo de la verdad que sus ceremonias externas significaban.» *Esperaban obtener una justicia aceptable para Dios mediante la realización de la ceremonia de ofrecer un símbolo, que para ellos carecía de sentido para cualquier otro propósito que no fuera el de obtener justicia en la ejecución de la ceremonia. El principio y el fin, el todo en todo de la religión de los fariseos, ya fuera que se relacionara con la **ley moral**, con la **ley ceremonial** dada por Dios, o con sus propias tradiciones, era el **ceremonialismo**, y solo el ceremonialismo. Y Pablo había sido uno de estos fariseos, de «la secta más estricta».**

Y esto es lo que *«ciertos de la secta de los fariseos, los que creían»* pensaron arrastrar y fijar sobre el cristianismo. Deseaban forzar incluso la **fe divina de Cristo** a su bajo y estrecho **ceremonialismo** humano. ¡Oh, sí! Está bastante bien creer en Jesús; pero eso no es suficiente: *«Si no os circuncidáis y guardáis la ley [todo su ilimitado sistema de interpretaciones de la ley, moral y ceremonial, toda su masa de ceremonialismo], no podéis ser salvos.»* Y que incluso cuando habían hecho todo lo que el sistema de los fariseos proveía y exigía, no podían ser salvos, fue confesado en el grito desesperado de los rabinos: *«Si tan solo una persona pudiera por un día guardar toda la ley, y no ofender en un solo punto, —es más, si tan solo una persona pudiera guardar ese único punto de la ley que afecta la debida observancia del sábado,— entonces los problemas de Israel terminarían, y el Mesías por fin vendría.»* (Ibíd., párr. 3). Y de cada corazón verdaderamente consciente, forzaba aquel otro grito desesperado: *«¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?»* (Romanos 7:24).

La Gracia del Mesías y la Transformación de Pablo

Pero en su gran misericordia y su bondad divina, sin requerir todas las cargas y el trabajo del **ceremonialismo farisaico**, y en respuesta al anhelante clamor de todo corazón cargado, el **Mesías** vino y trajo a todos los hombres el **don gratuito de la justicia de Dios**, y de su **salvación plena**. Esta justicia y esta salvación plena las encontró Saulo el fariseo, y lo

convirtió para siempre en Pablo el cristiano, quien nunca más desearía la *«justicia que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por fe»*. Y entonces, teniendo en Cristo perfecta justicia, salvación plena y el poder de una vida sin fin; habiendo encontrado en Cristo el **evangelio vivo** en lugar de la forma muerta de la ley; debido a que nunca más admitiría las multitudinarias exigencias, los vanos esfuerzos, la hueca autojusticia y el **evangelio falso** de los fariseos, fue perseguido, y su obra en el evangelio de Cristo fue opuesta, hasta el día de su muerte, por *«los fariseos, los que creían»*, así como por todos los judíos que no creían, por falsos hermanos y por enemigos declarados.

Fue esto lo que motivó el libro de Gálatas.

Advent Review and Sabbath Herald | 12 de septiembre de 1899